



Desde una alta ventana, contemplamos el curso del Guadalén.

ción han sido respetados en el vetusto castillo.

Gruesa capa de estiércol cubre el suelo por todas partes, poniendo infamante inri a la vieja mansión caballerescas.

Y una plaga terrible de pulgas, que defiende hoy el castillo mejor que ayer los guerreros, es la consecuencia lógica de tamaña suciedad.

«Los castillos impugnables,
los muros e baluartes
y barreras,
la caba honda chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?»...

Desde una alta ventana—en que la castellana llorara ausencias en otro tiempo—, abierta al principio de alto escarpe, contemplamos, fúlgido y brillante bajo la llama del sol, el curso del Guadalén.

El brazo de acero del río defiende las rocas, en que asienta el castillo su imponente mole.

Abajo, cercanas a la estrecha hoz por donde pasan las aguas, se divisan las verdes agujas de frondosos álamos.

El paisaje se cierra hacia el norte por cerros y alcores y onduladas lomas, que forman el escalón de la meseta manchega.

Y hacia el sur se abre, siguiendo el camino que marca la estela de cristal del río, en su marcha hacia el Guadalimar, del que es tributario.

Siguiendo este estrecho valle subirían, desde Andalucía, las algaras moras.

Y por él bajarían, sin duda alguna, las nobles cabalgadas santiaguesas, en los duros tiempos de la Reconquista.

Montizón es el hito gigante que marca la linde de los campos de Castilla y las tierras andaluzas.

Ya ni pajes, ni escuderos, ni ballesteros, ni heraldos, ni hombres de a caballo, ni gentes de la mesnada del castellano señor—un tiempo aquel gran poeta llamado Jorge Manrique, que luchando por su reina halló la muerte en Garci-Muñoz—, animan con sus voces y su marcial estruendo la plaza de armas.

Ni se escucha el sonar de atambores y trompas de guerra.

Ni fulguran al sol los aceros de las armaduras.

Ni pretenden clavarse en el cielo las lanzas.

Ni relinchan los nobles corceles presagiando la dura pelea.

Ni entre las almenas asoman las damas despidiendo al guerrero cortejo, que marcha al combate, con el breve lienzo de sus pañuelos.

Al beligeró afán de otras épocas ha seguido el silencio absoluto de hoy.

Ya al pie de las torres tampoco se escuchan las dulces canciones de los trovadores.

La época gloriosa de los caballeros y las castellanas «pasó como pasa,